LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

Año XXV. SALE UNA VEZ AL MES. Número 8.

ALICANTE 31 DE AGOSTO DE 1896.



Seccion doctrinal

Fragmentos

La Ley de Reencarnación
según el Criterio Infalible de Certidumbre

V.

Los reencarnacionistas dicen que esta verdad es una Ley Universal escrita en los hechos.

Lo antiguo y universal, dicen, no es el ateismo, el mecanicismo ciego, ó el nihilismo del alma después de la muerte; sino que lo antiguo y conforme con la tradición no interrumpida del espíritu humano, es la creencia en la vida del universo, la espiritualidad del alma, y sus sanciones inevitables; como lo demuestran los grandes sistemas religiosos y filosóficos de la antigüedad, donde el vedismo y mazdeismo de los arios, el brahmanismo indio, ó el zoroostrismo persa, hasta las creencias de egipcios, griegos, latinos, Edad-Media, y por último, los sistemas espiritualistas modernos (1). La inmortalidad del alma y las etapas de la misma por los mundos, son correlativas; así vemos que la preexistencia y la reencarnación están confirmadas por las sagradas escrituras, la filosofía y la historia universal; por las analogias en la naturaleza, el arte, las costumbres, las sociedades humanas y sus instituciones, donde *todo se transforma*, evoluciona y progresa.

Son debidos á la reencarnación los contrastes de nacimientos, aptitudes, instintos, capacidades, facultades, caracteres, temperamentos, diversidades de razas, expiaciones individuales y colectivas (1).

La reencarnación es la base capital del *progreso*; la involución de *nuevas ideas*; la suma de esfuerzos y experiencia adquirida; la *solidaridad* de los actos; la *sanción* de los mismos; la ley de *compensación* y equilibrio; la *rehabilitación* por la justicia; la *regeneración* por el propio esfuerzo, á tenor de la *pauta universal* y del proceso evolutivo de los séres. Según ella cada uno se hace obrero de su organismo, de sus ambientes, fuerzas, facultades, medio social ó relaciones, llevando consigo su cielo y su infierno; y rediméndose por si propio se hace su

(1) Véanse los artículos publicados en las secciones de *Crítica Filosófica* y *Crítica Religiosa* de nuestros números anteriores.

(1) *La Reencarnación*, por un discípulo de Allan Kardec.

progreso, marcha hácia la perfección...

Basta con lo apuntado para ver que los hechos y la teoría están conformes en los atributos divinos, tales como la inmanencia de Dios en los séres, su justicia, su amor, el universalismo de su providencia, la unidad del sistema en la creación, y en fin la inmutabilidad de las leyes, en las que no caben ni el privilegio, ni la gracia, ni el milagro. La reencarnación es verdad religiosa y científica, y de la más alta trascendencia en su explicación á multitud de problemas interesantes.

Ejemplos de aplicación de los atributos divinos en cuestiones morales y sociales

VI.

Charles Fauvety en sus obras completas, ha ampliado y simplificado este asunto con su método integral del conocimiento, que consiste principalmente en contrastar hechos ó doctrinas por la *Universalidad de las leyes divinas*.

Todo lo que puede *universalizarse* sin contradecir los demás atributos de Dios es verdad; y todo lo que al universalizarse á todos los séres racionales llega al absurdo, la nada, lo imposible, lo contradictorio, el desorden, lo antisocial, antireligioso, ó antiracional es falso. La cuestión es vastísima, y da solución á infinitos problemas. Pongamos algunos ejemplos, que cada uno podrá ampliar indefinidamente.

Pueden y deben *generalizarse* entre todos los hombres, la caridad, la fraternidad, la sociabilidad perfectible, la paz, la conservación y desarrollo de la vida en todas sus fuerzas y facultades, porque esto nos conducirá á la plenitud de la vida de todos y de cada uno, y tiene el carácter de *leyes generales:* pero no pueden *universalizarse* los vicios opuestos, tales como los crímenes, los ódios, las guerras, los terrores, las violencias y agresiones, venganzas, desprecios, burlas, sarcasmos, vanidades, orgullos, egoismos, envidias, misantropías, aborrecimientos, desvíos, antagonismos, antipatías, repulsiones, ó cosas parecidas. Con todo esto, convertido en dominio general, no hay sociedad humana posible. Así, pues, la guerra en todos sus matices, no puede universalizarse, porque está en contra de todas las leyes de la vida, y es por lo mismo completamente falsa.

Puede universalizarse la justicia, pero no las bestialidades, los malos instintos, el desorden, las pasiones animales, el imperio de la fuerza bruta, ó el ejercicio ilegal de la actividad.

Son universalizables, la igualdad y la libertad: no lo son las distinciones de clases sociales y partidos, las tiranías, los despotismos, las dictaduras, los acaparamientos de la justicia y el poder, los monopolios de la verdad, las esclavitudes diversas, ó la imposición arbitraria contra las soberanías colectivas de los grandes pueblos. Lo primero es verdad, todo lo demás es error.

Son leyes universales, el progreso, la perfección ascendente, la evolución, el trabajo: pero no pueden ser leyes generales las malas costumbres, todos los vicios, la ignorancia, las locuras, las fantasías caprichosas, las apatías, las represiones, el oscurantismo, el imperio de las influencias malsanas del organismo animal, los simplismos de comprensión; porque todo esto último conduce á la merma de la vida, á lo contradictorio, ó al no ser.

El orden y la solidaridad son universales y verdaderos: lo opuesto es falso...

No puede universalizarse el celibato, porque sería la aniquilación de la especie.

Tampoco el proletariado, ó la carencia de la propiedad, porque todos moriríamos sin medios de subsistencia; luego es falso, y está llamado á desaparecer, siendo reemplazado por la universalidad de la propiedad según los medios de cada uno...

El asunto es interminable.

Sección Filosófica

¡UNA CAJA!

Cuán cierto es que los objetos no tienen más valor que aquel que le queremos dar. Recordamos que un dia visitando un museo de antigüedades, le oimos decir á un poeta con marcada ironía.—¡Qué simple es la humanidad! Miren ustedes este baratillo, que no otra cosa parece este monton de trastos viejos guardado con tanta veneración, que en buena venta un trapero no dará dos cuartos por todos ellos, y nosotros nos estamos como unos papanatas con tamaña boca abierta esclamando: ¡qué grande es esto!

No pudimos menos que reirnos de semejante ocurrencia; pero vimos con cierta amargura que aquel alma que tanto calor nos daba con sus cantos, no guardaba para si, ni la tibia ceniza que deja trás sí el fuego.

Para aquel hombre no existia la religión de los recuerdos, y para nosotros es el único culto esterno que aceptamos. Adorar á Dios en absoluto, y querer y venerar los objetos que han pertenecido á nuestros serés más queridos, ó en su defecto los de aquellos espiritus elevados que han hecho más bien á la humanidad con su ciencia ó con su amor.

¡Desgraciado de aquel que no tenga un pequeño tesoro que conservar! y desventurado de el hombre que al morir no deja trás de si un recuerdo; ese infeliz habrá pasado por el mundo, como decia el médico Hyseru, cual pasa una maleta por el ferrecarril.

Conocemos á una señora llamada Silvia que fuè un mártir en la tierra; tuvo de su matrimonio catorce hijos y en el corto intérvalo de cuatro años perdió á toda su familia, y de los hijos, el más pequeño contaba al menos catorce años: prueba tan terrible dejó á aquella pobre mujer como atontada; pero los domingos por la tarde cerraba su tiendecita, se vestia con perfecta elegancia, y decia á una vieja criada:—Aligérese María, que es tarde y tenemos que ir á ver á la familia; y las dos mujeres, se dirigian al cementerio y ante el panteon que encerraba quince séres amados, permanecia hasta el anochecer.

Una noche al volver á su casa, se encontraron que estaba rodeada de llamas; y Silvia sin pensar que perdía su pequeña fortuna, solo decia á los bomberos—Dejad que todo se queme, pero por Dios salvad un cofrecito que hay junto á mi cama.

Todos creyeron que aquel cofrecito guardaría dinero y alhajas; afortunadamente pudieron salvarle y cuando Silvia lo tuvo en su poder lloró de alegria. Se refugió en casa de su vecino y al decirle algunos – vaya, siquiera no lo ha perdido V. todo, ha salvado lo principal, Silvia comprendió lo que pensaban sus amigos respecto al cofrecito, y, sonriendo dulcemente les dijo:

—Venid á mirar mis tesoros; y tocando un boton de acero que habia en el lugar de la cerradura, se levantó la tapa y todos miraron con avidez el fondo del baulito, y se encontraron que contenia algunos zapatitos de niños, gorritas, muñecas sin cabeza, carritos sin ruedas, caballos sin piernas, soldados de plomo algunas hojas de papel pautado llenas de gruesos palotes, libros de premios, coronas de rosas blancas, toros ajados; todo estaba allí confundido. Algunas mujeres al verlo se llevaron una punta del delantal hácia sus ojos humedecidos por dulces lágrimas, porque comprendieron que aquella madre desolada guardaba los juguetes de sus hijos con maternal adoración.

– Veis, amigos mios, exclamó Silvia con melancólico acento, estas son mis riquezas, las coronas que llevaron mis hijos en su primera comuniòn. Estas planas fueron las primeras que escribió mi hijo mayor; de todos hay algo y cuando yo muera quiero que todos estos objetos (para mi tan queridos) sean colocados en mi caja.

Por algunos momentos, reinó el más profundo silencio. La delicada ternura de aquella pobre madre cautivó la atención general.

Un año despues Silvia dejó la tierra y su fiel criada la vieja María colocó en el ataud de la señora todo cuanto contenía el cofrecito de los recuerdos, y cuantas mujeres contemplaron á la difunta no podian menos de exclamar: ¡Pobre madre! Nosotros también lo dijimos, y desde entónces hemos aprendido á respetar, ó mejor dicho, nos hemos afiliado á la religión de los recuerdos.

La historia de Silvia vivirá en nuestra mente como viven todos aquellos episodios que revelan profundo sentimiento.

Los recuerdos los comparamos á hogueras apagadas; el huracan de los acontecimientos, suele dar al viento sus cenizas, y entónces parece que se reaniman aquellos rescoldos calcinados; esto nos ha sucedido á nosotros: un pequeño incidente nos ha hecho recordar el culto intimo que se le consagra á algunos séres.

Un hermano nuestro ha dado lugar á ello. Estando en su casa, lo vimos entrar con una caja pequeña de madera de esas que sirven para guardar los atados de cigarros de la Habana. Irradiaba en sus ojos el contento sonreia con satisfacción, tenia el aire triunfante de aquel que ha ganado una victoria, y con voz vibrante, poderosamente acentuada, nos miró y nos dijo:

—Bien sabes la falta que me hace el dinero, pero te aseguro que esta caja no la daria á ningún precio; la abrió y vimos que contenia tabaco picado y algunos libritos de papel de fumar.—Es de él, prosiguió, ya sabes: de Héctor, de aquel alma buena que tanto bien hizo á los pobres el tiempo que estuvo en la tierra, de aquel hombre pensador que tanto calculaba para aliviar la triste suerte de los desgraciados.

Durante dos años esta caja la usó continuamente, debe haber escuchado sus quejas, sus monólogos; con los ojos fijos en ella mi amigo Héctor debe haberse entregado á sus profundas reflexiones; en esta caja hay algo de él, debe estar saturada de su fluido, por esto la he querido yo; guarda su familia las riquezas ganadas por él, las alhajas que pudiera poseer; pero yo que comprendía su alma, yo que adivinaba sus pensamientos como él adivinaba los mios, yo que estaba unido á él por ese lazo espiritual de la comunidad de sentimientos; yo me veo con legítimos derechos para heredar esta caja, y nuestro hermano la miraba con esa avidez bendita, con que saben mirar todas las almas que quieren.

Nuestra alma también sonrió de placer, y miramos aquella sencilla cajita con esa doble inteligencia que nos da el cariño. También hemos conocido á Hector, su profunda mirada aún nos parece que la sentimos, y su acento sentencioso aun murmura en nuestro oido.

Los pobres son los únicos que podrán conducir á los ricos al cielo; enjuguemos el llanto del que llora, escuchemos el gemido del enfermo, destinemos el cinco por ciento de nuestros bienes para socorrer á los pobres, no olvidemos nunca á los que sufren. Estas y parecidas palabras brotaban de los labios de Hector, y estas mismas ha seguido pronunciando su espíritu. Espiritista de razón, encontró en nuestra doctrina el ideal realizado de sus sueños, y libre de su envoltura sigue proclamando la justicia de un Dios único, la caridad como primer elemento de vida, y el espiritismo como la ley eterna de las humanidades.

Hombres de esta especie son merecedores que sus amigos se crean dichosos con poseer un objeto que sus manos hubieran tocado. Comprendemos todo el valor que para nuestro hermano tendrá la caja de Hector y si la envidia cupiera en nosotros estaríamos envidiosos de su adquisición.

¡Hay tan pocas almas generosas!

¡Hay tan pocos ricos que se acuerdan de los pobres! Que, cuando en la tierra, como nuncio de paz y de amor, aparece uno de esos espíritus elevados debemos admirarle, quererle y bendecirle.

Aconsejamos á nuestro hermano, que cuando deje la tierra haga como Silvia: que mande guardar en su atahud la caja de Hector ¡Dichosos los hombres que dejan tras sí recuerdos! y feliz nuestro hermano que tiene comprensión bastante, para rendir á una alma buena el culto que se merece.

Amalia Domingo Soler.

La razón y las religiones positivas

Si imposible es que la humanidad toda pueda de improviso trocarse en *bestias*, si imposible es, que el sol deje mañana de alumbrarnos, no lo es menos ciertamente que la razón, ese preciosísimo don de que al nacer dota el

Hacedor á la criatura, esté de completo acuerdo con las religiones positivas.

Es pues de todo punto indudable, que han de resultar forzosamente estériles todos los poderosísimos esfuerzos que los miembros prostituidos de las religiones positivas lleven á cabo, para hacer que éstas por siempre subsistan.

Un mal engendro no es posible que se desarrolle, crezca y viva dentro de las sabias leyes que así en el orden moral como en el físico rigen al universo. Pretender que nuestro mundo cese tan solo por un instante en su revolución en torno de su eje, es una imbecilidad. Así pues, es también incuestionable que, las religiones positivas, como todo lo que está en contradicción abierta con la razón, han de desaparecer; máxime cuando es completamente imposible que los pueblos tornen á caer nuevamente en la abyección y en la ignorancia en que se halláran algún día; sino que por el contrario, marchan con mayor rapidéz cada vez por el bello y florido camino del progreso.

Y además, ¿háse visto acaso cosa más inútil en extremo que los Sacerdocios de hoy día?... ¿qué beneficios, qué enseñanzas aportan á los pueblos las religiones?...

Hay quien dice, sin embargo, que las religiones, lo mismo la católica que todas las demás que ciertos pueblos profesan, son de imperiosa necesidad á las sociedades, porque son el mejor freno, digámoslo así, para sujetar las pasiones, los malos instintos, las costumbres perversas de muchos de los séres que forman parte de aquéllas. El más cumplido mentís puede darse á afirmación tan inocente.

En efecto, ¿cómo puede, por ejemplo, la religión católica—que es, la religión del Estado aquí en nuestra pobre España—servir de valladar, ni mucho menos trocar en buenos y elevados los malos y rastreros sentimientos que poseen algunos séres de nuestra sociedad; ni aún siquiera los de aquellos que por no haber llegado al *summum* de la depravación, son factibles de reformar; cuando los miembros de esa iglesia diariamente afirman con sus actos que poseyendo una persona riquezas, aunque cometa las mayores brutalidades y los delitos más punibles es perdonada por Dios, por esa *causa suprema* que, siendo como ciertamente es, el bien sumo, lo noble y lo justo en su más alto grado, forzosamente ha de ser implacable con lo malo, lo innoble y lo injusto?

Ya puede el usurero codicioso llevar á su prógimo un *interés* de un treinta ó cuarenta por ciento, que ha de ser más tarde la causa de la ruina y perdición de una familia entera. Bastará para que acción tan *elevada* y justa, sea sancionada por Dios, que el bendito del usurero entregue á uno de los ministros de aquél, un puñado de monedas para las *ánimas del purgatorio*.

¡Ah! ¡y que haya aún quien dice que las religiones positivas llevan á la humanidad por el sendero del bien y de la virtud!!

(¡...!)

La educación más exquisita y no otra cosa, es y será siempre la única *panacea* contra todos los vicios é inmoralidades de que pueda adolecer sociedad alguna.

Acostumbrad al niño á que alce sus ojos todos los días, y los fije en el manto azul sin límites que denominamos cielo; enseñadle á admirar las grandezas inmensas que atesora, hacedle ver la armonía y la fuente inagotable de amor que en el universo sideral existe, y estad bien seguros de que muy luego sentirá un respeto profundo y un cariño grande hácia el Hacedor de tantas maravillas; y en su alma hecha ya á la idea de lo bello, de lo grande y de lo bueno, nunca podrá tener ya cabida lo pequeño, bajo y rastrero.

Enseñad al hombre á que estudie, medite y observe en las obras admirables de la Naturaleza. Levantad por último en cada iglesia un templo á la ciencia, que es la única religión que enseña á conocer bien á Dios, y á amarle, y tened la seguridad plena de que entonces la humanidad verase libre de tantos crímenes como hoy la rodean y será dichosa.

A. Benisia.

SECCIÓN DE CRÍTICA RELIGIOSA

Necesidad é importancia de esta clase de estudios

Cuando los precursores del Espiritismo en Filosofía (Leibnitz, Fichte, Schelling, Herder

Lessing, Krausse, Saint Simón, Fourier, Leroux, Reynaud, F. Laurent (1) y tantos otros) puntualizan y detallan la vida futura renovando las doctrinas de Sócrates, de Platón, de Pitágoras, de los Estóicos, de la escuela neoplatónica de Alejandría, sobre la pluralidad de vidas y de mundos, el Dios-espíritu y la comunicación de los hombres con ese mundo invisible que á nuestro alrededor se agita y sobre nosotros se cierne, no solo los ateos y materialistas que no quieren ver á Dios ni al espíritu, no solo los positivistas que no quieren ver más que lo que se basa en la experiencia y en la observación restringida por su infalibilidad á los fenómenos físico-naturales por ellos admitidos, sino que hasta espiritualistas fervientes y libre-pensadores despreocupados salénles al paso diciéndoles que la experiencia no alcanza á sus Teodiceas y que si como aspiraciones generosas y elevadísimas no como trabajos serios pueden tomarse por salir de la esfera de comprobación lo mismo racional que empírica.

Hácenos tal argumentación el mismo efecto que si un ciego de nacimiento negase los colores ó un sordo-mudo los sonidos y la palabra; porque, claro está, que ni el primero podrá abarcar en el campo de su experiencia tintas y matices, ni el segundo, en el de la suya, gamas y discursos en tanto no posean respectivamente vista y oido con que percibir unas y otros Pero ¿dejarán de ser magníficas y brillantes realidades porque el ciego y el sordo-mudo no puedan abarcarlas en su observación respectiva, la luz con sus deslumbradores cambiantes, el sonido con sus célicas armonías y la palabra con sus divinos inspiradísimos acentos? No. Ni aún para el os dos mismos, ni aún para el ciego y para el sordo-mudo; porque si el ciego niega la luz, el sordo-mudo ha de atestiguarla, y vice-versa, si el sordo-mudo niega los sonidos y la palabra, el ciego que los percibe clara y distintamente los confesará reales, evidentes y positivos.

Ahora bien; si en el curso de la disputa se presenta un tercero con sus cinco sentidos y les explica las magnificencias de la luz, del sonido y de la palabra ¿qué dirán nuestros ciego y surdo-mudo de nacimiento? Pues que quiere dar la razón á los dos, que ¡lástima que todo ello no sea cierto, que la experiencia no alcanza á la luz, ó al sonido y la palabra, según sea el uno ó el otro el que juzgue de sus doctrinas. Pues esta misma exactamente es la posición no solo de los precursores del Espiritualismo sino también del Espiritismo. A un lado los materialistas y los ateos ciegos de nacimiento y los positivistas ciegos voluntarios negando la luz del Dios-Espíritu y del alma humana; á otro, los sordo-mudos de un estrecho espiritualismo negando el sonido de la trompeta que resuena en las alturas y la nueva palabra, el verbo nuevo, que en forma de intuiciones ayer, bajo la forma de *hechos positivos* hoy, desciende á la Tierra desde las sublimes cimas del estrellado firmamento.

Pero ¿es que la experiencia y la observación han de limitarse necesariamente á fenómenos físicos, químicos etc., etc., á investigar y comprobar leyes matemáticas, físicas, etcétera, etcétera, extendiendo á lo sumo su esfera de acción, á examinar las *condiciones en que tiene lugar el hecho del conocimiento* rechazando por ilusorias y quiméricas las experiencias medianímicas que aportan á la humanidad el testimonio positivo, no solo de la supervivencia del Espíritu humano, si que también de la realidad viviente al otro lado de la tumba? ¿O es que los múltiples fenómenos y hechos que registra la Historia de las religiones son los únicos que no necesitan explicación alguna y hay que declararlos todos alucinaciones ó imposturas? Aún cuando así fuese—que no lo es—el deber de los hombres de ciencia es estudiarlos, antes de formar juicio sobre ellos; pero nuestros sabios ateos, materialistas, positivistas y hasta espiritualistas, siguen otra senda más suave que la del estudio imparcial y sério. Los de las dos primeras escuelas mencionadas cortan por lo sano negando el Dios-Espíritu y el Espíritu mismo.

Los positivistas no los niegan, los declaran simplemente *incognoscibles* y no se ocupan más de ellos y ¡singular contraste! ellos que declaran *incognoscibles* también las últimas ideas de la ciencia, no por eso dejan de estudiar y profundizar ésta, pero en cuanto á profundizar y estudiar las religiones ya varia de aspecto. Para ellos no ya las últimas ideas de las religiones sino las primeras y las intermedias también son incognoscibles. Pero si de que sean incognoscibles las ideas de materia y fuerza v. g. no se sigue que la mecánica y la

(1) Véanse nuestros artículos *El Espiritismo en la Historia de la Filosofía.*

química sean inútiles—¿qué inútiles? ¡ni menos grandes!—¿cómo se ha de seguir de que Dios y el alma sean incognoscibles, que las religiones todas sean quimeras y sueños? Argüirásenos que la filosofía no debe ocuparse más que de lo que pueda tener comprobación positiva y que tales ideas no la tienen. Efectivamente no tienen la comprobación de la balanza, del crisol, ni del microscopio; pero ¿es que el positivismo no tiene más medios de comprobación? Nosotros creemos que sí ¿cómo si no admite: el átomo que no se pesa, ni puede pesar en balanza alguna; la acción de presencia, que prescinde del crisol; y la fuerza, que se oculta al más perfecto microscopio?

El conocimiento real no llena—dice H. Spencer—ni llenará jamás el dominio del pensamiento posible. Al fin del descubrimiento más prodigioso hay y habrá siempre, està cuestión: ¿qué hay más allá? Del mismo modo que es imposible concebir límites al espacio y pensar que no hay espacio más allá de esos límites, no hay esplicación bastante radical que excluya esta pregunta: ¿cuál es la esplicación de esta esplicación? Puede considerarse la ciencia como una esfera que crece gradualmente y cuyo incremento no hace sino aumentar sus puntos de contacto con lo desconocido que la rodea. Hay, pues, y habrá siempre, dos modos de pensamiento antitéticos, pues ahora y en lo sucesivo el pensamiento humano se ocupará no solo de los fenómenos y de sus relaciones, si que también de algo no aparente y que implican aquéllos y éstas.—De ahí resulta, que si el conocimiento no puede monopolizar nuestra facultad de pensar, si ésta puede siempre dirigir su atención hácia lo que excede los límites del conocimiento, habrá siempre pensamientos religiosos, puesto que la religión, bajo todas sus formas, se distingue de las demás creencias en que sus objetos están fuera de la esfera del conocimiento.—Así pues, por insostenibles que puedan ser las creencias religiosas existentes, por absurdos que sean algunos de sus elementos, por irracionales que sean los argumentos que las defienden, no podemos desconocer la verdad misteriosa que encierran, muy probablemente. En primer lugar, es verosimil que creencias cualesquiera, extendidas ampliamente, tengan algún fundamento; y esa verosimilitud es muy grande para creencias universales, como las religiosas. En segundo lugar, el sentimiento religioso existe, y cualquiera que sea su origen, su existencia prueba su gran significación. En tercero y último lugar, como en la extra-esfera que existirá siempre, cual antitésis de la esfera de la ciencia, cabe y puede moverse el sentimiento religioso; tenemos tres hechos que se apoyan y refuerzan mútuamente, y en cuya virtud podemos asegurar: que las religiones, aún cuando ninguna sea verdadera, son, al menos, imágenes imperfectas de la verdad religiosa (*Primeros principios. Parte 1.ª capitulo 1.º*)

***

De cuanto antecede deducimos nosotros, no tan solo la legitimidad de esta clase de conocimientos, si que tambien la necesidad para llegar á la verdad religiosa, de profundizar por medio de una Crítica imparcial y serena, la verdad misteriosa que todos esos bosquejos de la idea religiosa universal y eterna llamados religiones, contienen.

Un escritor moderno ha dicho á nuestro entender con gran acierto: «Si existe una creencia que más que otra cualquiera, pueda hacer suponer una tradición primitiva, centro común de donde han emanado las religiones de todos los pueblos antiguos y modernos, ésta es la que admite un mundo de seres invisibles, por cuyo medio el Ser Supremo, causa primera é imperecedera de todo cuanto és, comunica con el mundo material» (S. Munk. Dictión de la conversatión. V Demons.)

Para patentizar la importancia de esta clase de estudios nos bastará hacer ver que como dice Comte (ilustre fundador del Positivismo) las ideas pasan sucesivamente: de dogmas religiosos, á principios filosóficos y de principios filosóficos á verdades científicas susceptibles de comprobación experimental.

El dogma religioso que ha creado cielos, Purgatorios é Infiernos en todas las religiones, es en Filosofía el principio de la inmortalidad del Espíritu; y en la ciencia, verdades tan luminosas, como la pluralidad de mundos, y corolarios de la inmortalidad como la indestructibilidad de la materia y la persistencia de la fuerza.

Otro ejemplo: las ideas de Dios y de su providencia, son en Filosofía el principio de causalidad y el gobierno providencial, que la Filosofía de la historia pone constantemente de relieve; y en ciencia la *sabiduría é inmutabilidad de las leyes naturales* y la ley misma de

estas leyes. Esto, es: la base misma también, de la Ciencia.

Repásese nuestra colección de LA REVELACIÓN y se verán las semejanzas existentes entre algunas de las más elevadas religiones y las escuelas filosóficas contemporáneas. Hallámonos por de pronto con religiones cual el Buddhismo que, esquivando constantemente ocuparse de Dios, y señalando al ser como postrer finalidad, el aniquilamiento del Nirvana, tiene gran semejanza con el moderno positivismo, para el que la muerte, tampoco viene á ser otra cosa que algo así *como lámpara que se extingue*.

Cual el Judaismo que tantos puntos de semejanza tiene con el deismo filosófico de Voltaire y los enciclopedistas.

Cual el Cristianismo tan espiritualista.

Cual el Islanismo verdadero Libre-pensamiento religioso.

Y finalmente anterior y por cima de todas estas formas religiosas, el Brahmanismo, constituyendo un inmenso y grande sincretismo, de todas las escuelas filosóficas, en un fondo del más abstracto Panteismo.

En resúmen: podemos decir que el conocimiento religioso, es, *por lo menos*, tan legítimo como el filosófico y el científico en cuanto se refiere á la investigación de la verdad misteriosa—luz de todos los santuarios, por ser verbo de todos los Evangelios—que late en el fondo de las diversas religiones y que no es otra que la verdad espiritista tal como resulta de las obras de A. Kardec.

Vanidad pueril, fuera en nosotros, decir que hémos demostrado esto último. Lo que creemos unicamente haber realizado es, patentizar, que hay elementos más que suficientes para demostrar «que los principios fundamentales de nuestra sublime doctrina constituyen la verdad oculta tras el velo de cada dogma religioso; y que el progreso, es, no solo, la ley de la Ciencia y la ley de la Historia de la Filosofía, sí que también la ley de la Historia de las Religiones.»

Ahora á nuestros hermanos en creencias, aquellos que valen y pueden, toca hacer el resto; LA REVELACIÓN se honrará siempre publicando cuantos trabajos tiendan á este fin, y vengan inspirados en un criterio recto, sereno é imparcial.

Hácia Dios por el amor y la Ciencia.

Tarragona 17 Agosto 1895.

SECCIÓN CIENTÍFICA

El Espiritismo y la Ciencia

«Por esto creo que el Espiritismo, al hacerse científico, aliándose con la ciencia, tiene que hacerla concesiones que la perjudicarían. Lo que sí puede suceder y sucederá, es que la ciencia irá reformando sus teorías, desechará muchas hipótesis que tiene admitidas como cosas probadísimas, y entonces, siguiendo muy nuevos derroteros, se aproximará al Espiritismo más y más hasta confundirse con él en muchas cosas, *rebasando después este límite* y *dejándole atrás*. Este es el progreso.

(AL-MUKHFA—*Sophia*, 7 Mayo 96.)

Empeño sin segundo es el que han tenido en todo tiempo los teólogos y los metafísicos de las diversas escuelas, en mirar como cosa baladí, si no baja y despreciable, á la ciencia positiva; á esa ciencia que no se paga de abstracciones y que quiere sujetar o todo al análisis físico, químico ó matemático, para sentar como verdad irrefutable tan solo aquello que resulta én su crisol con caracteres evidentes.

No ignoramos que al extremar sus negaciones la ciencia positiva, dió origen al nihilismo cuyas consecuencias son funestas; más no ignoramos tampoco que las abstracciones de los místicos, dieron, y darán en todo tiempo, la ciega credulidad y el fanatismo exaltado. Son los dos extremos que se tocan en sus nefastos confines, la cola y la cabeza de la serpiente que tiene enroscada al pecho la mitológica hija de Saturno.

Pretender que el positivismo por sí solo pueda bastar á nutrir al alma hambrienta de saber, es pretender un imposible: tiene muy limitado el horizonte, se quedan *muy acà* sus pujos escrutadores; pero pretender que la razón pueda negar lo que ve, abstraerse á lo que palpa desechar como ilusorio lo que constituye el fundamento de su primera evidencia, y todo ello para remontarse en alas de la inducción á un origen que no puede comprobar, ni comprender, ni definir: pretender que el *yo*, el sujeto y objeto de sí mismo, abdique de los medios para inquirir la verdad que le ofrecen sus sentidos, y se entreguen sin reparos en los brazos de la fe, es pretender una locura, un disparate mayor que el acariciado por la cien-

cia. Después de todo, ésta comprueba lo que afirma, mientras que la metafísica, solo puede presumir.

Es, pues, de absoluta necesidad, si queremos colocarnos en posición favorable para estudiar sin prejuicios y para usar dignamente de todas nuestras potencias, que ni nos pasemos con armas y bagajes al campo positivista, ni nos quedemos tampoco en el que militan los teólogos Cuadra á nuestra naturaleza, á nuestra misión, á nuestro presente y futuro bienestar, el justo término medio: para lo presente, lo que se ve, lo que se toca, lo que constituye el plano en que vivimos; para lo pasado y venidero, lo que podamos colegir de lo presente por vías inductivas ó deductivas.

En este terreno es donde se halla colocado nuestro credo; aquí donde el Espiritismo moderno tiene emplazadas sus tiendas.

Háse aliado con la ciencia, sí, pero lejos de *hacerla concesiones*, ha utilizado sus verdades para afirmar lo que presentaba como posibles hipótesis Ejemplo de ello, el espíritu. ¿Qué era esta entidad hasta hace muy pocos años? Una abstracción metafísica, una concepción filosófica todo lo lógica que se quiera, pero no era nada más. Podía decirse, se decía de hecho, que en todas las edades de la historia fué admitida su existencia; se decía también que puesto que existía el mundo físico, era preciso que existiera el psicológico ó moral; más al tratar de inquirir la naturaleza de este ente, solo nos era posible seguir los derroteros de la abstracta filosofía. Apareció el Espiritismo, y aunque ensanchó el horizonte á la inducción psicológica, no por esto dió al espíritu una naturaleza más concreta. Fué preciso que se multiplicáran los fenómenos anímicos, que los analizára seriamente la ciencia positiva, que desechára lo dudoso y tratase de explicar lo evidente, para que, aún á trueque de disipar no pocas ilusiones, quedára establecida sobre sólidos sillares la realidad de nuestro *yo*. A partir de este momento *conocemos* su existencia. ¿Qué ha perdido nuestro credo al someterse á esta prueba? Absolutamente nada. Habrán podido perder, los que por doquiera veian manifestaciones de ultratumba; quizá no falte alguno que deplore el haberse llegado á la certeza de la transmisión del pensamiento, de la acción de la voluntad, del papel del inconsciente, *et sic de cœteris*; pero el credo, el principio científico-filosófico que sustentamos, ese no deplora nada porque no ha perdido nada, antes bien, *ha ganado en el consorcio*.

Y al ganar él, ha ganado también la ciencia positiva. *Desechando muchas hipótesis que tenía admitidas como cosas probadísimas*, ha vuelto la vista atrás y se ha espantado de sí misma. El afán de negarlo todo, la condujo al borde del abismo. «No existe Dios ni existe el alma,» profirió con saña loca; y al volver sobre sus pasos, ha visto que Dios y el alma se revelan por donde quiera que mire. ¿De qué modo ha llegado á esta verdad? Analizando la materia; pesando, midiendo, descomponiendo y combinando aquello mismo que tiempo atrás le hizo decir lo que no era, aquello mismo que presentaba como base de su rotunda negativa. «No existe fuerza sin materia,» dijo ayer, y «no existe materia sin fuerza,» exclama hoy. ¿Se vé el alcance que tiene este sencillo retruécano?

Progresará mucho más la ciencia positiva siguiendo por tan nobles derroteros; esto no hay nadie que lo dude; pero *por mucho que progrese, jamás dejará atrás al credo Espiritista*. Hay razones innegables para sentar esta tésis. Si fuera nuestro credo un símbolo cerrado, si no consignara con tesón que es *integral* y *progresivo*, entonces sería posible que la ciencia *se confundiera con él en muchas cosas* al principio y *llegara á rebasarle* últimamente; pero teniendo consignado en su programa aquel carácter y yendo del brazo con Minerva en todas sus inducciones, ¿es posible que se quede rezagado?

No debemos, no podemos temer, como se desprende de lo dicho, que nuestro consorcio con la ciencia nos irrogue ningún daño; tampoco debe ni puede temer la ciencia que le entorpezca nuestra ayuda, ni que seamos una rémora á su natural progreso. Queremos lo que quiere y luchamos por lo que lucha: ¿por qué no hemos de tratarnos como hermanos, si un mismo anhelo nos impele y mutuamente nos prestamos las armas para el combate?

Cuando dijo el Espiritismo que existen muchos mundos habitados, que se vive muchas veces y que el progreso es infinito á través de esos mundos y esas vidas, una sonora y estridente carcajada resonó por todas partes. ¿De dónde procedía? De las momias de la inteligencia, de aquellos sabios aferrados á la tradición y al dogma, que no veian en el cosmos más moradas que la tierra para el hombre, el

empíreo para el ángel y el infierno para el réprobo. Difícilmente se hubiera amortiguado tan estúpido reir, si la ciencia positiva no hubiera comprobado que nuestra tierra es *un mundo*, que la vida lo hiende todo, y que del grano de arena al empinado Himalaya, del microscópico infusorio al elefante y al hombre, la ley de la evolución va transformando y perfeccionando las especies. Esto dista bastante de afirmar lo por el Espiritismo mantenido; pero se afirma, por lo menos, la pluralidad de mundos habitables, la perpetuidad de la vida y la ley inmanente del progreso. Es el primer peldaño de la escala, no tardarán en llegar los sucesivos.

«Los muertos se comunican»—dijo también nuestro credo, - y—«¡Horrible profanación! ¡Heregía sin igual! ¡Sacrilegio, nigromancia, artes infernales de abominación y escándalo!»—gritaron los teólogos y los místicos. ¿Cómo comprobar los hechos y otorgarle á cada cual lo que en justicia procedía? Acudiendo al positivismo, haciendo que la ciencia examinase las revelaciones de ultratumba. «Yo no puedo deciros que sean éstas posibles—dijo Crookes—os digo que lo son.» ¿Que luego han venido otros sabios que tratan de explicar los mismos hechos sin traspasar el hueco de las tumbas? Cierto; pero, por lo pronto, han dejado evidenciada la existencia del espiritu, la existencia del mediador plástico (periespíritu) sin el cual no pueden explicarse los fenómenos que ven, y la existencia de *un hecho* que habían combatido, cual Lombroso, con tanta tenacidad como incomprensible saña. Empezaron á estudiar la vida de ultratumba; no tardarán en decir, como el celebrado Zöllner, que han adquirido la certeza de que el mundo ultrasensible se relaciona con el nuestro, ó como el Dr. Nichals, que «superabundan las pruebas de la existencia de los Espíritus,» los cuales, «en condiciones determinadas, tienen la facultad de demostrar su existencia por medio de golpes, la escritura, la palabra y otros fenómenos, y de hacerse visibles y tangibles.» Hasta hoy han acallado las voces del intransigente fanatismo; luego acallarán las de sus dudas y las de sus propias negaciones.

Resulta, notorio error, por consiguiente, suponer que nuestro credo, porque se someta á los análisis científicos, ha de claudicar de sus principios. Es ciencia «el conocimiento claro y positivo de alguna cosa, fundado en hechos evidentes.» Si el Espiritismo se somete á esos análisis, es porque quiere ser ciencia, y como tal, ostentar de una manera positiva los artículos que proclama. Su carácter integral le aleja de todo dogma; habiendo declarado siempre que es hijo de la observación y del concurso de muchas inteligencias, ha declarado á la vez que es susceptible de progreso y de reformas: ¿qué, pues, le puede resultar sometiéndose al escalpelo de la ciencia, como no sea depurarse de cuanto repugne á la razón y esté reñido con lo real?

Quintín López.

Sección Libre

Mi respuesta

(Conclusión)

Sucédeme con el espiritismo lo que á los interrogadores de las legendarías esfinjes tebanas; desean saber la verdad y al mismo tiempo dudan de la revelación. Por eso yo ante la ciencia espírita, ni afirmo ni niego. No afirmo por que padezco de un supremo daltonismo de toda fé y no niego por que, aunque yo no crea, no por eso ha de dejar de existir la verdad. Sin embargo, niego alguna vez.

Sin las instigaciones de LA REVELACIÓN, no hubiera roto lanza alguna en una contienda de tamaña importancia ni os volvería á molestar con estos renglones, sinó considerara oportuno aclarar algunos asertos de LA REVELACIÓN acerca de los párrafos, que ya conoceis, del Canto IV de mi poema «La Iberiada».

Dice LA REVELACIÓN que yo me encierro en el circulo de hierro materialista, que, sin la *célula pensante* no puedo admitir el espiritu pensador. LA REVELACIÓN no me ha comprendido; al decir que sin la célula pensante no puede existir el espíritu pensador, he querido decir que todo espíritu, por muy súblime que sea, no puede existir, fisiológicamente, si se encuentra con su cerebro atrofiado; es decir, con una calabaza humana.

Niego rotundamente que el espíritu de un palurdo pueda llegar á través de la evolución á reencarnarse en el cuerpo de un Cervantes ó de otro cualquier grande hombre, por que así

como en la existencia humana hay gérmenes degenerados y depauperados, en la existencia espirita habrá tambien esencias psíquicas miserables de suyo y que no pueden salirse de la esfera en que se agitan; como nunca podrá la patata convertirse en gruesa perla ó en esplén dido diamante.

A medida que voy escribiendo estas líneas, me voy convenciendo de que no sirvo para espiritista y de que vosotros, lectores, vais abominando de esta macarrónica lectura.

Sostengo que todo es distinto entre el que vive y el que muere, porque ni el recuerdo ni la memoria constituyen base fundamental en que asentar la teoría de la identificación de lo vivo con lo muerto, tal como lo afirma la ciencia espiritista.

Sigo abominando de todo medio espeluznante de comunicación entre el espíritu y la materia, tales como los bailes de veladores, los golpes y otras insignes majaderías, como la mano invisible etc.

Espíritu y materia solo se comunican cuando una mútua atracción los impele el uno hacia la otra. A mi se me figura que esa atracciòn recíproca tiene algo del dulce misterio con que cae la gota del rocío en el cáliz de una flor; misterio que, si es ley de lo creado, es tambien sublime poesía del encanto.

Yo experimento á diario y á muy distintas horas la sensaciòn singularmente plancetera de la presencia del espíritu de la virgen que fué mi primer amor. Ese espíritu no dá golpes, ni mueve trasto alguno sino que llega dulcemente hasta mi corazòn como para convencerse de que no ha muerto en él aquel amor sublime que á ella le dió blancuras de apoteosis y á mi densas tinieblas de dolor sin fin. La única duda que tengo y que siento á modo de torcedor, es la idea de que ese espíritu pueda ser solo hijo de mi fantasia...

Dicho esto, no puedo creer en que haya espíritus tiptólogos de ninguna clase. En toda mi vida no he sentido la presencia de ningún espíritu, esceptuando el mencionado, por que sin duda las almas no quieren nada conmigo.

«¿Es que la inmortalidad del alma no es más que un mito?»—pregunta La Revelación, sin que á tal pregunta quepa más respuesta que otra interrogación: ¿quién lo sabe?...

Todo lo que se llama ciencia del espíritu no es más que una hipótesis más ó menos probable.

Pídeme La Revelación que defina lo que es el pensamiento.

El pensamiento es lo definido de lo indefinible.

También quiere La Revelación que diga yo còmo la sensación se transforma en percepción.

La sensaciòn no es más que la impresión y ésta el grabado de la cosa en el espíritu, siendo, por lo tanto la percepción, el conocimiento de lo sentido.

Así al menos lo creo.

Definir el pensamiento es como pretender llevar el mundo pendiente de la cadena del reloj.

Manuel Lorenzo D'Ayot.
Director de «La Reforma Literaria.»

(*Continuará.*)

*
* *

Condensando en breves palabras el estado psíquico del ilustre director de *La reforma literaria*, diremos que es un ser que tiene horror á toda creencia. Pero el escepticismo á tal punto llevado es de lo más contradictorio que se conoce. —Yo dudo hasta de mí mismo (dice el escéptico) sin pensar que con estas mismas palabras afirma su existencia; porque, ¿quién es el que duda, más que su propio *yo*?—En el mundo nada puede afirmarse (prosigue) La ciencia misma no es más que una hipótesis—¡Muy bien! ¡Bravo! Pero usted *afirma* no solo que nada puede afirmarse si no que la Ciencia es hipótesis más ó menos probable.

El escepticismo es arma de dos filos, que empieza por inutilizar al que la esgrime. El escéptico, el que *padece* según la feliz expresión del Sr. D'Ayot—ese supremo daltonismo de toda fe, no puede decir ni —Yo dudo de que tal cosa sea como la veo—Porque al decirlo afirmará, no solo que vé si que también la existencia de esa misma cosa que quiere poner en tela de juicio. Y en buena lógica, si todas las cosas no son más que apariencias, no vemos la razón para que deje de serlo también el mismo escéptico.

No insistiremos en que los Espíritus se sirven de medios variadísimos para comunicarse con los supervivientes. Este punto hállase probado con *hechos* que todas las dudas y negaciones imaginables jamás conseguirán invalidar. Como dice muy bien el ilustre autor de *La Iberiada* «aunque no sea creida, no por eso ha de dejar de existir la verdad.» Además

¿se quiere nada más elocuente y patético à la vez que la presencia de esa virgen enamorada al lado del mismo que dudando de lo que siente se aferra al «¿quién sabe!» cuando se le pregunta si la inmortalidad del alma no será más que un mito?

Esa teoría de *esencias psíquicas miserables de suyo y que no pueden salirse de la esfera en que se agitan*, nos recuerda la esplicación brahmánica sobre el origen de las castas. Los brahmanes nacieron de la más noble parte de Brahma, las otras castas de partes inferiores. En Brahma no es pues todo perfecto.

Nuestra idea de Dios es mucho más bella, Dios es, y como es Justicia perfectísima, no caben tales desigualdades.

«Nunca podrá la patata convertirse en gruesa perla ó en explèndido diamante.»—Aparte de que el carbono es idènticamente el mismo —ahí está la Química—en la patata que en el diamante v. g. con modificaciones circunstanciales de proporción; estado cristalino y combinaciones con otros cuerpos siempre resultaria que desde el momento que unos seres nacen á la vida *degenerados* ó *depauperados* la Justicia en el universo fuera la mayor de las más cruentas ironías.

Contradicción tan monstruosa con la viviente realidad, solo puede compararse à la del que pensase seriamente que puede haber instantes en que no deben existir ni la materia ni el espíritu, instantes de absoluta nada en que todo concluye para siempre. Porque por hipotética que la ciencia sea, ni el átomo más leve, ni la más ligera impulsión de fuerza pueden aniquilarse. Y ¿solo las almas habían de tener el tristísimo privilegio de la anulación absoluta? No es esto mucho más claro que *lo definido de lo indefinible* porque si es indefinible ¿cómo puede ser definido?

Créanos nuestro amable opositor, mientras no deponga sus prejuicios escépticos, todo cuanto hable y escriba en el terreno filosófico fuera de ese «¿Quién sabe!» caerá por su base al más ligero análisis. A esas dos palabras queda reducido el lenguaje filosófico de cuantos á extremos tales llevan sus dudas.

Y bien sabe Dios cuánto sentimos que un escritor tan inspirado vague sin rumbo entre las sombras de frías dudas, en vez de tender el vuelo en alas de una fé tan amplia y progresiva como la nuestra por los cielos llenos de luz y de harmonías, que el regenerador Espiritismo deja entrever á cuantos con detenimiento le estudian.

VARIO

Bibliografía

¿QUÉ ES EL CIELO? por CAMILO FLAMMARIÓN. Versión castellana de Eduardo E. García.—Biblioteca de *La Irradiación*, Barrio de Doña Carlota, (Madrid.)—Precio, 2,50 pesetas.

Esta obra, de la que se han agotado varias ediciones en francés, forma un completo tratado de *Astronomía Popular*, puesta al alcance de todas las inteligencias, por valerse el autor á cada paso de ejemplos vulgares que aclaran el texto.

En el primer capítulo se describe lo que se entiende por cielo. En el segundo trátase del origen y progreso de la Astronomía, demostrándose que las primeras observaciones astronómicas datan de diez á veinte mil años. En el tercero se describe nuestro planeta, probando que está aislado en el espacio, sin sostén ni punto de apoyo y que boga como cualquier otro astro del Cielo.

En el cuarto se especifican los diferentes movimientos de la tierra, de los que se conocen hoy más de diez diferentes; y en el capítulo quinto, se trata de las consecuencias de los movimientos de la tierra ó sea del día y la noche, de la medida del tiempo, de los meridianos, de los climas, de las estaciones, de los años y del calendario.

A los instrumentos de óptica y á los observatorios dedica el autor el capítulo VI, haciendo comprensibles á todo el mundo los principios de óptica en que se fundan los anteojos y telescopios.

Todos los capítulos son á cual más interesantes, como podrán apreciar nuestros lectores por los epígrafes de los mismos:

VII El sistema del mundo.—VIII El Sol.—IX La Luna.—X Los Métodos en Astronomía. Cómo se miden las distancias de los Astros, como se calcula sus volúmenes y sus pesos.—XI Descripción de los planetas de nuestro sistema: Mercurio, Venus, Marte, Jupiter, Saturno, Urano y Neptuno—y XII El Cielo estrellado. Descripción general de las constelaciones y método práctico para encontrar en el firma

mento las estrellas y conocerlas por sus nombres.

Ilustran la obra numerosos grabados, entre los que citaremos: Origen astronómico de los días de la semana; Zonas y Climas; El gran telescopio de Lassell; Teoría del aumento de un anteojo en su más simple expresión, Teoría del telescopio; Plano del sistema solar; Magnitudes comparadas del Sol y los planetas; El Sol y sus manchas; Tipo de mancha solar; Carta topográfica de la Luna; Eclipse total de Sol; Medición de la distancia á la Luna; Aspecto del planeta Mercurio; Vistas telescópicas de Venus, Aspectos de Marte; Los canales de Marte; Aspecto telescópico de Jupiter; Saturno; La Osa Mayor; Método para encontrar la polar Casospea, Andrómeda, Pegaso, Perseo, Cabra, Pléyades; Las Constelaciones del Zodiaco, etcétera, etcétera.

Muy en breve publicará dicha Biblioteca «La vida de Copérnico,» original también de Flammarión, que se expenderá al precio de 2,50 pesetas.

*
* *

EL ALTRUISMO, revista semanal.—Redacción y administración: Tuckey's Lane, (Callejón del Jarro) D. 7, H. 9.—Gibraltar—3'75 pesetas trimestre.

Como manifestábamos en nuestro número de Mayo último, ha hecho su aparición en el estadio de la prensa la expresada revista, cuyos cuatro primeros números correspondientes al mes actual, que hemos recibido, revisten escepcional interés.

Su ilustrada directora, D.ª Eugenia N. Estopa, se propone tratar sola y exclusivamente de *moralidad é instruccion*: campo extenso de acción en el cual lucirá las galas de su fecunda inspiración y preclara inteligencia, pues que sus más levantadas aspiraciones se hallan sintetizadas en aquellas palabras.

Estimamos en mucho la visita y establecemos el cambio.

NECROLOGÍA

¡José Bernal!

Nunca como en estos momentos, hemos sentido embargadas nuestras facultades por la emoción más intensa al tomar la pluma para dedicar un sentido recuerdo al entusiasta espiritista y querido amigo del alma D. José Bernal Cascales, que, el día 21 del acual, á las tres de la tarde, hizo su tránsito á la vida de ultratumba en esta capital á la temprana edad de veinticinco años, después de haber sufrido los más cruentos dolores producidos por pertinaz dolencia; la que, se puede decir, le acompañó desde la cuna al sepulcro, y, no obstante, su razonada resignación espírita era tanta, que en vez de esclamaciones de desesperación, oiamos de sus juveniles labios palabras de conformidad, como unicamente pueden pronunciar aquellos que la consoladora y altamente científica filosofía espiritista es el purísimo cielo en el cual hacen residenciar todas, absolutamente todas, sus aspiraciones.

Y si no, digásenos: ¿Cómo se concibe que un ser lleno de las esperanzas, aspiraciones é ilusiones que consigo trae la juventud, le veamos en medio de sus continuados sufrimientos, y cual nuevo Tántalo, impotente para poder saciar su sed abrasadora de *vida*, tranquilo y resignado con *su suerte*, filosofando como pudiera hacerlo aquel que después de una larga y penosa existencia llega á la edad sexagenaria?

Así era Bernal.

Su simpática fisonomía delataba la nobleza de su espíritu razonador y bondadoso.

Espiritista desde que tuvo uso de razón, ha sido uno de los adeptos más convencidos y racionalistas de Kardec.

El fué uno de los primeros que en el año 1890 fundaron la *Juventud Espiritista* en esta ciudad; y cuando de la defensa y propaganda de su idolatrada doctrina se trataba, acudía siempre solícito y decidido á prestar su entusiasta cooperación.

Como podrán ver nuestros amados lectores repasando nuestra colección, él ha tomado parte y muy activa en cuantas veladas celebró la mencionada *Juventud Espiritista*, y también, sus trabajos literarios han adornado en más de una ocasión las columnas de esta Revista.

Ahora mismo tenemos en cartera los dos siguientes artículos epigrafiados «Espíritas» y «Nuestras aspiraciones.» Este es el primero de una série que se proponía escribir cuando le sorprendió el mayor recrudecimiento de su dolencia.

Dichos trabajos ofrecemos principiar á publicarlos en el número próximo.

Tal era, á grandes rasgos, nuestro inolvidable y cariñoso amigo Bernal.

Los últimos momentos de su estancia entre nosotros han sido apacibles, tranquilos como la bondad de su carácter.

Convencidísimo de que su tránsito á la vida del espacio se aproximaba por momentos, llegó á ella con la sonrisa en los labios, diciendo que sus idolatrados padres y varios parientes que hacía tiempo habían abandonado este mundo de dolores, se encontraban allí, ante él, manifestándole que ya era hora de que los siguiese; á lo que él les decía que estaba pronto á obedecerles, pues anhelaba desasirse ya de las férreas cadenas en que se encontraba aprisionado . . . .

. . . .

Creemos inútil hacer consideración alguna de las muchas á que se presta lo que dejamos consignado.

Y ¡aún piden milagros los escépticos!

¿Cuàntos y cuàntos no realiza el sublime Espiritismo?

. . . .

La Revelación desea que la familia de tan buen amigo, tenga fuerzas suficientes para soportar con resignación la pérdida de ser tan apreciado, sabiendo que la separación solo ha de ser temporal.

¡Dichoso él que ha dejado tras de sí un reguero de inextinguible luz y un dulce recuerdo en todos los que le han conocido!

¡Séale grato volver la vista sobre esta etapa de su existencia sideral y cobre nuevos bríos para continuar su labor regeneradora y eficáz! Séanos dado á nosotros, tenerle siempre presente y seguir sus huellas.—A.

Fragmento

Por qué no amar al mundo y sus harmonías, cuando él nos dá alimento para el cuerpo y para el alma?

Dócil nos presta sus fuerzas y materiales para el desarrollo completo de nuestro ser, poniendo en armónica acción nuestras facultades, y permitiéndonos concurrir á los más dulces y gratos contrastes de la vida, salpicada, ya de las ternuras de la familia, ya de los progresos humanos que nos enseñan á dominar el mundo y sus elementos en los enormes transportes marítimos y terrestres, ya del sentimiento del arte por nuestras obras en la materia transformada, siquiera ésta sea una humilde figura de arcilla ó yeso, un instrumento astronómico, una cortante tijera ó la tosca dovela, que arrancada de la masa de granito, será más tarde un músculo del cuerpo arquitectónico de la basílica, ó del puente monumental.

Sin materia donde trabajar, ¿cómo cumpliríamos la ley del trabajo, que es la epopeya de la vida y la ley de los destinos?

La fuerza dinámica es el trabajo.

El trabajo es el movimiento.

El movimiento es la vida.

Y la vida es lo real impulsado por el impalpable soplo del espíritu ascendiendo por la cadena infinita del progreso y desarrollo del verbo creador, aliento divino que esparce por doquier la belleza y el amor bajo la ley del movimiento y del trabajo universal.—M. N. M.

SECCIÓN LITERARIA

A José Sanjuan

Si mi voz puede prestarte
en tu angustia algún consuelo,
lleguen á tí estos renglones
cual mensageros del cielo.

Sufres... en cárcel sombría,
pasas inactivo el tiempo
en tanto que hasta las nubes
se eleva tu pensamiento.

¡Pobre hermano de mi alma!
¡Ay! quien pudiera tus hierros
romper con estas palabras
y más ligero que el viento,
pudieras volar... volar...
hasta perderte allá lejos
y respirar libremente...
Esto para tí deseo.

Amalia Domingo Soler.

Gracia 1.° Abril 96.

ANTE ATEOS Y MATERIALISTAS

(De Víctor Hugo)

¿Por qué negáis á Dios? El hombre es copia
de Dios: su imágen propia,
aunque infinitamente reducida.
Es de estirpe real, de excelsa casta:
y esta gloria le basta
para adorar y bendecir su vida.

=

Yo soy hombre: soy átomo invisible
perdido en lo inmedible:
soy una gota en el inmenso océano:
soy un grano de arena en la ribera:
pues, brevísima esfera,
la gota encierra á Dios: le encierra el grano.

=

Tan ínfimo cual soy, le experimento
en mi sér; yo me siento
como él creador, como él prorrumpo:—¡Alzáos!
y mis libros, mis mundos, mis creaciones,
iluminan regiones
negras y muertas, al sugir del cáos.

=

Yo siento en mí—germinación obscura—
la existencia futura.
Habrá renovación, pero no muerte.
Más de una vez fuí derribada selva:
pues la ley es que vuelva
á brotar, á crecer más viva y fuerte.

=

Yo voy alzando en tenebrosa guerra
mi frente al sol; la tierra
me prodiga su savia; mas, hundidos
en la altura, me alumbran desde lejos
los plácidos reflejos
de otros mundos de luz desconocidos.

=

Cual de Dios, me decís del alma humana
que es no más soberana
resultante de fuerzas materiales...
¿Por qué, pues, brilla más el alma mía
cuanto más la sombría
noche extingue mis fuerzas corporales?

=

Cierne sus nieves sobre mí el invierno;
mas reina con eterno
cetro en mi corazón la primavera,
y hoy me embriagan violetas, lilas, rosas,
igual que en mis hermosas
horas de amor y juventud primera.

=

Cuanto más, caminando, me aproximo
al fin, màs me sublimo;
más oigo en mi redor, que los profundos
cielos invitan á las ansias mías
con santas sinfonías,
á divinos conciertos de sus mundos.

=

¡Ah! ¿no es esto grandiosa maravilla?
Es grandiosa y sencilla.
Es un cuento fantástico y la historia.
Hace media centuria que medito
y que escribo; lo escrito
es un mar que se pierde en mi memoria.

=

Dije mi pensamiento, mi universo,
en prosa como en verso;
de la novela y la leyenda al modo,
y ensayé en mi laud, filosofía
como historia, elegía,
oda, drama, canción, sátira: todo.

=

Y aunque no dijo, en conclusiòn, mi arte
la milésima parte
de mis íntimas luchas y harmonías,
á mi sepulcro al descender, pudiera
decir como cualquiera:
terminé mi labor, cumplí mis días.

=

Pero no será así, cesó mi vida;
mi obra no; que enseguida
volverá á comenzar, viva y creadora.
No es la tumba mansión: es senda, es paso
que se cierra al ocaso
para abrirse magnífico á la aurora.

Salvador Sellés.

CRÓNICA.

Dadas ciertas *versiones* que con más ó menos insistencia circulan por esta ciudad, creemos no estará de más reproducir el siguiente suelto que nuestro ilustrado compañero en la prensa, la *Revista Espiritista de la Habana*, inserta en su número correspondiente al pasado Julio:

«**Un error.**—Ha dicho un distinguido senador, que las sociedades espiritistas en Cuba son centros de conspiradores. No sabemos en qué se fundaría para decirlo, pero desde luego podemos asegurarle que está equivocado.

No hay centro genuinamente espiritista, en que se hable siquiera de política. Además, el

espiritismo no admite ninguna acción que no sea honrada, digna, correcta. ¿Cómo pueden conspirar los espiritistas si trabajan por la paz, por la fraternidad y por la unión?

Y no necesitamos decir más. Quisiéramos que se nos probara lo contrario.»

*** Con el título «Angel de luz» se ha constituido en Badajóz una nueva sociedad espiritista.

Enviamos á sus fundadores nuestros más entusiastas plácemes.

*** Con el presente número recibirán nuestros suscriptores el prospecto del periódico-biblioteca espiritista denominado «Sócrates,» cuyo primer número verá la luz el 3 del próximo Septiembre.

*** Recomendamos muy particularmente al Sr. Al-Mukfa colaborador del querido colega *Sophia*,—revista teosófica que se publica en Madrid,—el artículo inserto en el presente número, con el epigrafe «El Espiritismo y la Ciencia.»

*** Con la regularidad acostumbrada recibimos la visita de nuestro querido é ilustrado compañero en la prensa la *Revista Spirita* de Bahía (Brasil) En su número del 30 de Junio, últimamente llegado á nuestro poder, reproduce la preciosa poesía «La Razón y el Sentimiento.» del estimado amigo D. Bernabé Morera, que publicamos en el mes de Abril.

Agradecemos en mucho tal honor.

*** También tenemos que agradecer infinito á *La Irradiación* y á la *Revista de Estudios Psicológicos*, la transcripción íntegra del artículo «Lo que sabemos,» pues demuestran, como no podíamos menos de esperar, que están en un todo conformes con la tésis que en él sustentamos: «*menos rutinarismo y más estudio*.»

*** Hemos recibido del Presidente del grupo espirita San Matheus de Rio Janeiro, una atenta comunicación en que nos participa que se ha concedido el título de Socios Protectores de aquel grupo, á los miembros de la Sociedad de Estudios Psicològicos de esta ciudad, y el de Presidente honorario, á nuestro director.

En nombre de la expresada Sociedad y en el propio agradecemos vivamente la distinción con que nos favorecen nuestros muy queridos hermanos brasileños, como no tardaremos mucho en demostrárselo.

*** Nuestro ilustrado amigo y querido compañero D. Quintin López Gómez ha sido nombrado jefe de redacción de la importante *Revista de Estudios Psicológicos*. de Barcelona.

Reciba nuestra más entusiasta enhorabuena.

*** **Una opinión regia.**—La jóven y célebre artista maidemoiselle Emma Calvé (que hace pocos meses debutó como primera tiple en el Teatro Real de Madrid,) propagadora ardiente de los estudios psicológicos, fué agraciada en 1893 por S. M. la reina Victoria de Inglaterra con el título de dama de honor, recibiendo al mismo tiempo de sus manos una maravillosa corona de brillantes y rubíes. Y al darla S. M. esta prueba de cariñoso afecto, la dijo abrazándola: «*Amiga mia*; *nosotros ya nos hemos conocido en otro planeta antes de vernos en este*. (De *Verdade é luz* del Brasil.)

*** **La terapéutica por el sueño.**—Refiere el barón Du Potet, que el conde Koniker de San Petersburgo, magnetizador, fué llamado en 1861, con motivo de la enfermedad de una señora, á quien los médicos habían desahuciado. El médico de la casa fué invitado para asistir á la sesión, el cual, si bien rehusó su asistencia al principio, cedió al fin, sentándose al lado de Koniker.

La enferma, después de haber sido convenientemente magnetizada, no pudo quedar dormida, pero el médico de cabecera, que por lo visto era sensitivo, cayó al momento en sueño profundo. Así las cosas, habló diciendo que estaba perfectamente convencido del poder del magnetismo, y que desde luego iba á dar á su enferma, por él y otros compañeros suyos, desahuciada, una receta ó prescripción que, sín ningún género de duda, *la curaría radicalmente.*

Ante hecho tan extraordinario, aquellas de las personas presentes á la sesión que sufrían una dolencia cualquiera, se apresuraron á pedir un remedio al médico-sonámbulo, y el remedio les fué otorgado en el acto.

Y aquí viene ahora lo más estraño del caso. Al despertar el médico en cuestión, después de haberse leido él mismo cuantas prescripciones había ordenado como sonámbulo, protestó una y mil veces de que él no había dado semejantes recetas; más tuvo que ceder ante la evidencia del hecho por la relación honrada y desinteresada de todos los concurrentes á la sesión y mucho más, cuando al cabo de poco tiempo vió *radicalmente curada á su enferma* y á los asistentes á la sesión que le solicitaron en estado sonambúlico un remedio á sus dolencias. (De la *Revue Spirite.*)

IMPRENTA DE MOSCAT Y OÑATE
Plaza Isabel II, 10
Acera de la Calle de San Fernando